

LA VETERINARIA CONTEMPORÁNEA

REVISTA CIENTÍFICA PROFESIONAL.

Año I

Madrid 30 de Septiembre de 1890.

Núm. 16

PROFESIONAL Y CIENTÍFICO

LA CREACIÓN DE UNA ESCUELA DE VETERINARIA EN BARCELONA.

(CONTINUACIÓN.)

El segundo punto de vista bajo el cual hemos dicho que puede mirarse el asunto objeto de este artículo, no le es tan favorable como el primero. A juicio nuestro (y ya sabemos que esta opinión ha de ser tan poco valiosa cuanto humilde es nuestra personalidad), la clase adelantará bien poco ó nada, en bienestar material, al menos en buen número de años, con la realización del proyecto.

La razón es bien fácil de comprender. ¿Qué mayores ventajas han de encontrar los veterinarios que salgan de las escuelas de Madrid y Barcelona al establecerse, hacer oposiciones para plazas militares ó dedicarse al profesorado? Por el simple hecho de haber obtenido sus diplomas en las referidas escuelas, ¿serán más considerados, alcanzarán sus servicios mayor remuneración ó se les darán mejores sueldos que á los de Zaragoza, León, Córdoba ó Santiago? Con seguridad de no equivocarse, puede darse á estas preguntas una respuesta negativa.

No hay que hacerse ilusiones; no es conveniente ni aun patriótico hacer que las abrigue la clase. La regeneración de esta, no estriba sino en el concepto social, y el que nos considere la sociedad depende de nosotros mismos. Los po-



deres públicos no harán nada por mejorar las condiciones en que vivimos ó vejetamos, en tanto que no les imponga la mejora la opinión general del país. Es, pues, de todo punto preciso que nosotros nos impongamos al país y al gobierno, no por medios violentos que á nada bueno conducen ni nos es dable emplear, si que demostrando plenamente nuestra importancia y valía.

No sé si he leído ó soñado que había en el mundo una capital importante y en ella un cuerpo de inspectores veterinarios, mal retribuidos y peor considerados, los cuales se quejaban de continuo y muy amargamente de su posición, y, sobre todo, de tener por jefe á un hombre que ni era veterinario, ni médico, ni había cursado asignatura alguna que tuviera relación con cualquiera de ambas carreras; así como también de que ciertos reconocimientos y operaciones se les encomendaran á médicos y farmacéuticos, en vez de encomendárselos á ellos. Dolido alguien de estas quejas y deseando mejorar la situación de tan útil y benemérito cuerpo, propuso la redacción de un reglamento de inspecciones y de un proyecto para crear un cuerpo de inspectores, en el cual sólo se entrara por oposición, y las vacantes de categoría, incluso la de jefe, se otorgaran á razón de dos por oposición y una por concurso; cuyo proyecto, con el mayor número de firmas que se pudieran recoger, debía presentarse á las autoridades correspondientes y á un diputado muy elocuente y de influencia que había prometido presentarlo y defenderlo en las Córtes. Pero todo se fue al traste..... por la oposición que hicieron los mismos interesados, y sobre todo uno que no quería dejar ni á tiros el empleo que tenía en el matadero.

Poco después, no sé que puesto logró alcanzar uno de los inspectores, desde el cual podía haber hecho mucho por el cuerpo á que pertenecía..... y, efectivamente, no hizo nada.

Pero no fué esto lo peor; ni lo fué tampoco el que se oxidaran los microscopios en las cajas, con peligro de que alguien supusiera que era por no saberlos usar, y, por lo tanto, que estuviera justificado el que las autoridades de

aquel pueblo encargaran su manejo para inspeccionar carnes y verduras á los médicos ó farmacéuticos, pues sin examen microscópico es imposible asegurar si una sustancia será ó no nociva al servir de alimento al hombre. Lo peor fué que cierto inspector, de cuyo nombre no me acuerdo por ser de un extranjero de no sé que parte de Europa ó de Africa, punto donde pasaron ó yo he soñado que pasaron todas estas cosas; cierto inspector, repito, vió un día en cierta casa una pierna colgada, creyó que no era de carnero ni de oveja, no acertó á averiguar á qué clase de animal pertenecía el miembro y..... ¡zás! en vez de consultar con uno ó varios compañeros, como era lo lógico y conveniente, se la mandó á un boticario para que éste decidiera. El boticario pidió parecer á varios inspectores, y en vista de que ninguno acertaba á resolver el problema, mandó la célebre pata á un naturalista, el cual dijo que la tal había pertenecido á una cabra.

El hecho dió mucho ruido, se rieron grandemente médicos, farmacéuticos y carniceros, lloraron amargamente los veterinarios sensatos, y desde aquel día decretó el gobierno que cesaran en sus cargos de inspectores todos los veterinarios de la nación, nombrando para desempeñarlos á naturalistas. Y la medida de aquel gobierno estuvo perfectamente justificada, no pudiendo echar la culpa de ello los veterinarios sino á sí mismos.

Afortunadamente, en España no ha pasado nada de esto ni es de temer que suceda, porque nos complacemos en reconocer la altísima ilustración de todos nuestros inspectores, su acendrado amor á la clase y sus grandes conocimientos en anatomía, fisiología y patología comparadas, en el manejo del microscopio, etc., etc. Pero si por desgracia sucediera algo análogo, ¿tendrían la culpa las escuelas actuales? ¿se evitaría ó remediaría con que hubiera otra en Barcelona ó en Tarrasa?

Se dice que en Valencia ó en los pueblos de la provincia, el populacho ha insultado, amenazado, perseguido y aun pegado á los médicos, cuyo delito consistía en exponer sus vidas por salvar las de sus perseguidores. ¿Tiene la

culpa el Colegio de San Carlos? ¿Se hubieran evitado esos actos de salvajismo con crear otro colegio más?

Se me dirá que disminuyendo el ingreso de alumnos, disminuirán en algunos años los profesores y podrán imponerse mejor. Pero, en primer término, con crear una escuela en Barcelona no disminuye el número de alumnos, sí que quizás aumente, puesto que las exigencias para el ingreso no pueden ser otras allí que en las demás escuelas, y lo propio sucederá con el número de cursos y asignaturas comprendidos en cada uno. En segundo lugar, hay que desengañarse y hablar con toda franqueza: lo mismo si hay dos veterinarios en un pueblo que si hay doscientos, podrán ganar unos reales más ó unos menos, mas no ganarán en concepto social sin modificar las ideas de las gentes ó sea la opinión general. Y por último..... lo que no puede decirse.

He confesado y sigo creyendo, que el día que queden en España sólo dos escuelas dotadas según dejo consignado, se podrá dar una enseñanza más completa que la que hoy se da. Por eso creo también que esa sería una de las causas de regeneración, pero á largo plazo. Y por eso he defendido y defiendo el proyecto.

En cuanto al punto de vista de la conveniencia regional, excusado es hablar de él, porque á nadie puede ocultársele que es conveniente.

*
* *

Hemos hablado como siempre acostumbramos á hacerlo, con entera franqueza y buena fe, como deben hacerlo todos aquellos que amen verdaderamente á su clase, á la cual debe decirse la verdad por muy amarga que sea. ¿Causamos alguna ofensa? Pues séanos perdonada, que no ha sido nuestro ánimo el de ofender á nadie. ¿Incurrimos en error? Sáquenos de él y lo agradeceremos.

X.



PATOLOGÍA GENERAL.

DOS PALABRAS

SOBRE LA

SIGNIFICACIÓN SINTOMÁTICA DE LA COAGULACIÓN DE LA SANGRE
Y DE SUS FENÓMENOS ÍNTIMOS Y APARENTES,

POR

D. JOSÉ M. ALVERO.

(CONTINUACION.)

IV.

PAPEL FISIOLÓGICO DE LA SANGRE.

Cambios de Materia.—En ese continuo cambio que durante la vida se establece entre el ser y la materia que le rodea, la sangre juega un papel de incomparable importancia: puede decirse, que representa el correo que pone en relación dos ciudades; el agente portador de las sustancias nutritivas y el líquido que arrastra los materiales de destrucción orgánica fuera del individuo. De aquí se desprende, que tienen que existir dos corrientes de materia continuas é inversas, una de fuera á dentro y otra de dentro á fuera.

Concretemos el asunto y veamos cómo tienen lugar estas manifestaciones funcionales.

Desde luego podemos dividir el asunto en dos secciones: *cambios entre la sangre y el medio exterior, y cambios entre la sangre y el medio interno.*

La materia que los seres cambian con el medio exterior se encuentra en dos estados físicos, *gaseoso* el uno y *semilíquido* el otro.

El cambio de materia gaseiforme es constante, y de él dependen quizá la mayor ó menor actividad del ser, así

como los diversos caracteres de composición y coloración que la sangre nos ofrece.

Se establece por todos aquellos puntos en que el aire se pone en contacto mediato con la sangre, tales son la piel y las mucosas; siendo estas últimas más activas, y especialmente la pulmonar, por hallarse en un grado mayor de diferenciación y especialización de trabajo fisiológico.

En este cambio, que se realiza siguiendo las leyes físicas de la osmosis y la difusión, existe una entrada constante de oxígeno y una salida no menos activa de ácido carbónico. Por lo que al nitrógeno se refiere, también entra y sale por las mismas vías de cambio; pero, aunque su papel debe ser de consideración, el hecho no ofrece nada de particular, y siguiendo en esto á la mayoría de los autores, le concederemos un valor secundario y prescindiremos de él en cuanto con el fenómeno de cambio se relaciona.

Para darse exacta explicación de la entrada y salida de estas sustancias, hay que apelar al estudio de las tensiones parciales de cada uno de los gases y á las leyes siguientes:

1.^a *Dos gases en presencia y sin acción química entre sí, se mezclan rápidamente.*

2.^a *La rapidez de la mezcla está en razón directa de la diferencia de densidad.*

Hay además que recordar, que la difusión de cada gas no es lo mismo que la de varios en conjunto, pues en este último caso, y después de la mezcla, cada gas mantiene su propia tensión; de lo que se desprende, que cuando dos mezclas gaseosas se pongan en contacto, ó simplemente separadas por un tabique poroso, cada gas aislado verificará su difusión con tanta más rapidez cuanto mayor sea su tensión parcial, y cuanto más resalten las diferencias de presión del uno al otro punto, cuyo principio lo demuestra bien á las claras la siguiente ley del célebre físico inglés Dalton:

LEY. *En una mezcla de varios gases, la presión que cada uno ejerce es la misma que si se encontrara solo.*

Para demostrarlo, supongámonos que v, v' , es el volumen de dos gases; f, f' , sus tensiones parciales, V el volumen resultante, y F la tensión total; y tendremos:

$$F = \frac{v f + v' f'}{V}$$

Ahora bien; como el oxígeno de la sangre siempre tiene menos tensión que el que se pone en contacto con las superficies de cambio, de ahí que la difusión tenga lugar y la entrada de este gas sea un hecho constante: lo propio sucede con el ácido carbónico, sólo que en sentido inverso.

Otro hecho nos resta que resolver en este punto: las causas que contribuyen á que la entrada y salida de los gases que estudiamos sea constante.

Se comprende desde luego, que al establecerse el cambio ha de llegar un momento en que sobrevenga el equilibrio de tensión entre los gases de dentro y los de fuera, y se presente lo que se llama *oclusión*.

Esto, sin embargo, no se realiza, y para explicárselo aducen los fisiólogos las siguientes razones:

El oxígeno, una vez en la sangre, se combina con la hemoglobina de los glóbulos rojos, quizá pase al estado de ozono, y ya de un modo, ora de otro, desaparece como tal oxígeno y con él la tensión que poseía; como este fenómeno se repite con cuantas cantidades de oxígeno entran, de aquí que la tensión intravascular se halle limitada al poco oxígeno que hay en disolución; en el exterior persiste un 23,01 por 100 que es lo normal; y de ahí que la proporción sea siempre diferente, la tensión diversa y el cambio un fenómeno constante.

Otro tanto sucede con el ácido carbónico.

La sangre se carga de este gas en todos los puntos de la trama orgánica, el cual procede de la destrucción incesante que el oxígeno provoca; la sangre así cargada (sangre venosa) llega á las superficies de cambio con el medio exterior, y resulta que, con arreglo á las leyes antes citadas, el ácido carbónico que va en disolución en la sangre,

y quizá parte del que forma los carbonatos, tienden á eliminarse por la desigualdad de tensión entre el ácido carbónico de la sangre, que es mayor, y el mismo gas del aire atmosférico que es excesivamente más pequeña: de lo cual resulta la corriente que constantemente se halla establecida entre la sangre y el medio en que el ser vive.

Este cambio puede variar de intensidad por múltiples causas; pero nosotros, en honor á la brevedad, nos contentaremos con mencionar la ley siguiente:

LEY. *El cambio gaseoso entre la sangre y el medio ambiente, está en razón directa de la transformación de materia, de la actividad funcional y del número de energías que el ser tenga que producir.*

(Se continuará.)

PATOLOGÍA Y CIRUGÍA.

HISTORIA CLÍNICA.

Hacía ya algún tiempo, dos meses próximamente, que una hermosa mula baya, de seis años, un metro 50 centímetros, temperamento linfático, sin antecedentes patológicos, buen estado de carnes y destinada á la labor agrícola por su dueño, que es uno de mis clientes, padecía un tumor duro, poco doloroso á la presión, con adherencias al parecer, sin gran movilidad y situado en la región parotídea izquierda, unos dos centímetros por encima del codo del maxilar posterior. Este tumor, cuya aparición atribuí, por no encontrar otra causa, al roce de una correa de la cabezada, tenía cuando yo le ví el tamaño de un huevo pequeño de gallina, creció algo después, y se venía resistiendo á todos los agentes farmacológicos empleados para resolverlo; no habiendo consentido el dueño del animal que se le practicara á éste ninguna operación quirúrgica, por temor de que quedara señalado.

El día 17 del pasado mes de Marzo, se presentaron

en mi tienda el dueño del animal y un criado de la labranza, conduciendo á la mula á la cual yo no había visto hacía nueve días por encontrarse de quintería, manifestándose que de dos días á aquella parte sudaba copiosamente y sin interrupción por todo el lado izquierdo de la cabeza, hasta el extremo de mojar el suelo, lagrimeaba mucho por el ojo del mismo lado y parecía no ver bien. Por lo demás, comía con apetito, digería bien y sólo se le había notado un poco de tristeza.

Procedí al examen del animal y noté con efecto y á primera vista, que tenía empapado en sudor el lado izquierdo de la cabeza, sobre todo alrededor de la oreja, sin que en el derecho se viera el menor indicio de sudor, como tampoco en lo restante del cuerpo. Apliqué la mano á diversas partes de ambos lados de la cabeza, pudiendo apreciar que en el derecho tenía una temperatura normal, en tanto que en el izquierdo existían muchos más grados, que el termómetro introducido en la oreja me reveló ser 5,03 gr. c. El ojo estaba también legañoso, inyectado, algo retraído hacia el fondo de la órbita, medio cubierto por el cuerpo clignotante, con la abertura pupilar mucho más pequeña que en el otro ojo. La abertura bucal estaba un tanto deformada y con mayor temperatura en el lado del tumor. La circulación y respiración eran normales: pulso 40 y respiración 12 por minuto. Nada de particular se veía en el animal, fuera de lo expuesto.

Al pronto quedé indeciso respecto á las causas de tan extraños fenómenos, y sólo dije á mi cliente que se llevaran la mula y la colocaran en un sitio fresco después de secarla bien, para volver luego á examinarla. Mas reflexionando, una vez solo, no tardé en adquirir la sospecha, trocada después en certeza, de que existía una lesión del nervio simpático cervical ó del ganglio cervical superior.

Cuando volví á ver la mula á las pocas horas, continuaba en el mismo estado. La examiné con todo detenimiento y no pude encontrar ni la más leve herida ó insignificante cicatriz. Dudé en vista de ello de la certeza del diagnóstico, y para salir de dudas practiqué dos picaduras

en ambas orejas, viendo que la hemorragia era más considerable en la izquierda y la sangre más roja.

Así, pues, la Fisiología me indicaba una lesión del simpático, no había duda, y no titubeé en afirmar al dueño que la causa probable era una compresión determinada por el tumor parotídeo, y que los fenómenos no cesarían en tanto no se extirpara.

Accedió á ello, y á los dos días, convenientemente preparado el animal y semianestesiado (pues no teniendo ayudantes con los conocimientos necesarios, no me atreví á hacer una anestesia completa), practiqué la extirpación, sin más accidentes que una hemorragia bastante considerable; curando después la herida resultante con planchuelas de estopa fenicada y mojadas en agua fenicada al 3 por 100. El tumor era un fibroma.

El día 20 por la mañana, mi sorpresa fue grande al notar que habían desaparecido los síntomas antes citados, si bien la mula tenía una ligera fiebre. Levanté el apósito y curé como el día anterior, marchándome muy satisfecho, y quedando más contento aún el dueño.

El 21, la mula estaba bien y se había iniciado una supuración franca y de buen carácter; pero creí notar mayor temperatura en el lado izquierdo, como asimismo algo de sudoración.

El día 22 ya no había duda: la sudoración, el aumento de temperatura, la estrechez de la pupila, etc., habían vuelto á aparecer. ¿Cómo explicar el hecho? Pensé, al principio, si habría seccionado el nervio durante la operación; pero ¿por qué en este caso desaparecieron los síntomas al día siguiente de ejecutada?

Renuncié por lo pronto á explicarme el fenómeno, aún cuando no pude evitar el disgusto que me produjo, y continué curando la herida hasta el día 25, en el cual ya no se notó sudoración, persistiendo la ingurgitación vascular y la disminución de la pupila. Esto ya no me sorprendió, pues la fisiología explica el hecho, que acaece siempre después de experimentos análogos al accidente.

El día 6 de Abril, la herida estaba casi cicatrizada

pero la temperatura del lado izquierdo de la cabeza era casi siempre más alta que en el lado derecho, la ingurgitación de los vasos también mayor, y la abertura pupilar más pequeña. La sudoración se presentaba algunas veces, cesando espontáneamente.

He escrito *casi siempre*, porque, efectivamente no lo era siempre. Había ocasiones en que casi era imposible apreciar diferencias de temperatura y plenitud vascular entre ambos lados; mas el menor esfuerzo ejecutado por el animal, la menor emoción que se le hiciera sufrir (tal como asustarla, ó alegrarla presentándole un puñado de avena en rama ó de verde,) bastaba para que volvieran á presentarse los fenómenos, acompañados algunas veces de sudoración.

No podía tener duda: la lesión del simpático subsistía, y por más que reflexioné no encontré medio de remediarla.

Curada la herida por completo, la mula volvió á ser dedicada á sus faenas ordinarias, y yo no pude observarla con la frecuencia que deseaba. El 7 de Mayo la trajeron á casa para herrarla, y en este día no noté fenómeno alguno, aun cuando intenté provocarlos. A partir de él, ya no los volvió á presentar el animal hasta la fecha.

Reflexionando sobre las causas de esta desaparición espontánea, no encuentro otra plausible, si no es la regeneración del nervio, y el haber vuelto mediante ella á recuperar sus funciones. Bien fuera ocasionada la lesión por la presencia y destrozos provocados por el neoplasma, bien por el bisturí al hacer la extirpación de éste, es para mí indudable que el nervio volvió á regenerarse, más de cuarenta días después de la operación.

Falta por explicar la desaparición de los fenómenos al día siguiente de operar al animal; mas yo lo atribuyo á la excitación causada en el extremo cefálico del nervio por el ácido fénico, excitación que se verificó durante dos días próximamente y ya no tuvo lugar después por cansancio del nervio ó adaptación ó hábito adquirido.

FRANCISCO PLAZA Y SÁNCHEZ.

LAS CAUSAS INDIVIDUALES EN EL CÓLERA

É IMPORTANCIA DE LOS ESTUDIOS COMPARADOS
PARA PODER APRECIARLAS.

(Continuación.)

Si pretendemos ahora investigar la causa de estos fenómenos, y para ello, como es lógico, examinamos comparativamente la sangre de unos y otros seres (puesto que, siendo enfermedades generales, los estados del citado humor han de tener sobre ellas gran influencia) nos encontramos con que varía, de unas á otras especies, en una propiedad importantísima: *en el grado de la alcalinidad*. Y relacionado esto con la propension á contraer las citadas enfermedades, se vé que tanto mayor es el grado de alcalinidad de la sangre en una especie, tanto más frecuentes son aquellas enfermedades en ella y mayor gravedad afectan; toda vez que, según dicha propiedad, los animales domésticos pueden clasificarse en la siguiente escala descendente: conejo y gallináceas, pequeños rumiantes, grandes rumiantes, solípedos, cerdo y carnívoros.

Como prueba de las anteriores afirmaciones, sólo daremos una en honor á la mayor brevedad: Escójanse dos animales (conejos, por ejemplo), de condiciones lo más idénticas que sea posible; sujétense á un régimen tal, que al fin de tres ó cuatro meses sus sangres tengan un grado muy distinto de alcalinidad; y, conseguido esto, inyéctese á ambos la misma cantidad de virus tífico ó colérico: los resultados serán distintos en cada uno, y favorables á aquel cuya sangre sea menos alcalina.

Antes de pasar adelante y de hacer aplicación de estos hechos á la especie humana, importa resolver la cuestión de las causas á que se deben los diversos grados de alcalinidad de la sangre en las diferentes especies animales, y las condiciones que influyen el fenómeno. Y como el principal origen de los principios constitutivos de la san-

gre proviene de la alimentación, fácil es referirla á esta.

Con efecto, los animales fitófagos tienen una sangre mucho más alcalina que los zoófagos, guardando un término medio la de los omnívoros. De los primeros, la tienen más los herbívoros que los granívoros, y menos que ambos los frugívoros. Y si á un zoófago lo alimentamos durante cierto tiempo con sustancias vegetales, convirtiéndolo así en fitófago, la alcalinidad de su sangre aumentará; en tanto que si, por el contrario, convertimos un fitófago en zoófago, la alcalinidad disminuye. Es más: en la época de la lactancia, los animales fitófagos tienen una sangre poco alcalina, casi neutra; y desde que cesan de lactar, quedando sujetos á la alimentación vegetal propia de su especie, la alcalinidad aumenta.

¿Cómo obra la alimentación para determinar estos fenómenos? Partiendo del supuesto hoy aceptado por todos los hombres de ciencia, de que dicha alcalinidad se debe á los carbonatos, fosfatos y fosfocarbonatos de sosa, puede explicarse por cualquiera de las dos opiniones siguientes, ó quizás por el consorcio de ambas:

1.^a En la alimentación animal existen menos sales de ácido orgánico, y más sales de ácido mineral que en los alimentos vegetales; y una vez en el torrente circulatorio, el oxígeno ataca y destruye fácilmente las primeras, dejando las bases en libertad y en disposición de combinarse con el ácido carbónico producido, bien en la misma sangre ó en los elementos de los tejidos; mas el oxígeno no puede destruir igualmente las sales minerales, de modo que en los zoófagos no quedan tantas bases en libertad y no pueden formarse tantos carbonatos. Por otra parte, en la alimentación vegetal hay más producción de ácidos orgánicos y de ácido carbónico (por destrucción orgánica); en tanto que en la alimentación azoada, hay más formación de ácido sulfúrico y sulfatos (también por destrucción orgánica).

2.^a Esta segunda opinión es nuestra, y la sacamos de las ideas de Bunge. Según este autor, las sales de potasa (sulfatos, fosfatos y carbonatos) predominan en los

alimentos vegetales, en tanto que en los animales lo hacen las de sosa y en particular los cloruros.

Una vez en la sangre, se verifica una doble reacción (ó reacción cruzada), debido á que los ácidos carbónico, fosfórico y sulfúrico tienen más afinidad por la sosa, y sobre todo, á que teniéndola excesivamente mayor el clorhídrico por la potasa que por la sosa, deja á ésta en libertad y se combina con aquélla desalojando á sus ácidos: se forman, pues, cloruros de potasa, y carbonatos, fosfatos y sulfatos de sosa. De consiguiente, en los fitófagos que ingieren gran cantidad de fosfatos y carbonatos de potasa, habrá gran formación de carbonatos y fosfatos de sosa, con tal que ingieran cloruro sódico (y he aquí la razón de por qué es necesario darles esta sal como condimento), y su sangre será muy alcalina; en tanto que en los zoófagos, que ingieren pocos carbonatos y fosfatos de potasa, habrá poca formación de carbonatos y fosfatos de sosa aun cuando ingieran gran cantidad de sal común, y su sangre tiene un débil grado de alcalinidad.

(Se concluirá.)

MISCELANEA.

Hemos leído en algunos periódicos políticos, que días pasados se reunieron los subdelegados de medicina, farmacia y veterinaria para informar acerca de la consulta de una autoridad gubernativa respecto á determinados asuntos, que se dice están relacionados con la actual epidemia variolosa. También hemos leído ú oído, que en la citada reunión se emitieron y sostuvieron (?) por algunos de los asistentes, algunas peregrinas opiniones respecto al origen de la viruela, tanto en el hombre como en el ganado vacuno. Y como quiera que dichas peregrinas opiniones contradicen las sustentadas en esta Revista no hace mucho tiempo, debemos hacer constar:

1.º Que nos ratificamos en todas y cada una de las opiniones é ideas expuestas en el artículo publicado en los números 8, 9 y 11 de esta Revista, é invitamos á todos aquellos que las estimen erróneas á sostenerlo así en pública discusión científica y razonada.

2.º Que la viruela del hombre, benigna ó maligna, *puede* ser ocasionada por contagio del ganado vacuno.

3.º Que lo que vulgarmente se llama *viruela de la vaca*, no es la verdadera viruela, sino *la vacuna*; y el desconocer este hecho, implica una lamentable ignorancia en cuestiones de patología comparada.

4.º Que la misma *vacuna*, es susceptible de causar en individuos de la especie humana afecciones gravísimas.

5.º Que *la vacuna* ó cowpox, (que algunos confunden lastimosamente con la viruela), puede ser originada, lo es con frecuencia, y quizás tiene siempre su origen en el llamado *horse-pox* de los solípedos.

6.º Que los solípedos *pueden* padecer la viruela generalizada y la padecen en algunas ocasiones; pero esta viruela no es el *horse-pox*, que sólo tiene carácter vacunógeno y local.

7.º Que el *horse-pox* del caballo, *no es el arestin*, ni mucho menos, aun cuando así lo sostienen equivocadamente y con él lo confunden algunos.

*
*
*

Mr. Peuch nos ha dado á conocer un caso muy interesante de curación espontánea de la *rabia* en una cerda de tres años.

El animal entró enfermo en la Escuela de Toulouse el día 26 de Octubre y fue dada de alta el 7 de Noviembre.

Además de curarse, parece ser que adquirió inmunidad; pues habiéndola inoculado dos veces en diferentes épocas con virus rábico fuerte, á la vez que se inoculó á otros animales, (perros, conejos y cobayas) con los mismos virus, casi todos estos contrajeron la enfermedad y ella no tuvo ninguna alteración en su salud normal.

*
*
*

Mr. Laboulbene aconseja dejar algún tiempo la carne de reses vacunas en agua acidulada con los ácidos nítrico ó acético, cuando se desee hacer bien patente la existencia de los cisticercos que tenga.

*
* *

Mrs. Raymond, Arthaud y Ceccherelli, recomiendan el tanino para combatir la tuberculosis. Dicen haber obtenido con su empleo resultados sorprendentes, aun en casos muy graves, y recomiendan entre otras, la fórmula siguiente:

Acido tánico al alcohol.	5 gramos.
Glicerina.	30 »
Vino.	1 litro.

Se principia la medicación dando un cortadillo después de cada comida, y se va aumentando la dosis paulatinamente.

Es de desear que se ensaye la medicación en los animales domésticos.

*
* *

También se han preconizado, con el objeto de combatir la misma enfermedad, las inyecciones hipodérmicas de vaselina líquida yodoformizada (uno de yodoformo, por 100 de vaselina.) Se inyectan cada vez 2 centímetros cúbicos

Los resultados experimentales han sido contradictorios.

*
* *

Hemos combatido victoriosamente en un perro con el empleo del salicilato de bismuto y cerio de Vivas Pérez, una pertinaz diarrea que había resistido á todo tratamiento y tenía al animal en un estado marasmódico gravísimo.